



## CAPITULO XV

### Muerte de Luis XIV.

Luis tuvo la culpa de esta larga guerra, el cual, no conociendo límites á su ambicion, habia amenazado la independencia de toda Europa, y rehusando ceder algo al principio, estuvo á pique de perderlo todo. Efectuóse despues de la lucha la particion que los moderados habian propuesto antes de ella; pero ¡cuánta sangre! ¡cuántas lágrimas no habia costado!

De esperar era que los periodistas ingleses no perdonasen á Luis XIV. En el *Espectador* es acriminado repetidas veces; calcúlase en uno de sus números la disminucion que con las conquistas habia causado en la poblacion del reino, en vez de aumentarla, sacando por consecuencia que aun cuando este rey hubiese sido un disoluto como Vitelio, habria causado ménos mal á su pueblo; en otro lugar se vituperan la corrupcion que se introdujo durante su reinado, la ostentacion de las riquezas, la vergüenza de la pobreza, el cambio del amor en galantería y de la amistad en comercio, los perjuros del monarca, y su vanagloria, que le llevó hasta permitir que se erigiesen estátuas á su valor, á su fortaleza, y que entre el lujo y molicie de la córte se aplaudiesen su magnanimidad y sus proezas militares.

La nacion francesa no se atrevia á insultar á aquella eminencia decaida, por temor á un porvenir aún peor; diezmábase la poblacion; habia decaido la industria desde la revocacion del edicto de Nantes, y la reaccion de aquellos á quienes habia querido perjudicar con el colber-

tismo; veíanse aniquiladas las campiñas por los enormes impuestos; provincias enteras, convertidas en desiertos á consecuencia de órdenes terminantes y persecuciones religiosas; causaba vergüenza ver al gobierno oprimido bajo el peso de una deuda de 2.600.000.000, que equivaldrian hoy al doble de esta suma, recurrir á expedientes desastrosos, crear empleos ridiculos para venderlos, pagar al diez, al veinte y al cincuenta por ciento el dinero que Holanda é Inglaterra obtenian al cuatro, y sin embargo, no poder atender suficientemente á sus necesidades; dejar que el ejército fuese derrotado y humillado; que muriesen las gentes de hambre y de frio, mientras que los arrendatarios de las rentas públicas eran tan inexorables en sus persecuciones, que se sublevaban las provincias, y Cahors fué tomada por asalto. Boisguilber, lugarteniente general de la presidencia de Ruan, decia: «La exaccion de los impuestos se hace con extremado rigor, empleándose la cuarta parte á lo ménos en gastos para hacerla efectiva. Es bastante comun llevar las ejecuciones hasta el extremo de arrancar las puertas de las casas despues de haberlas dejado vacías, habiéndose demolido algunas para sacar las vigas y las tablas, y venderlas por la quinta ó sexta parte de su valor. A excepcion del hierro y el fuego, que, á Dios gracias, no se ha empleado todavia para obligar al pueblo, no hay medio de que no se eche mano y todos los países del reino están en la más completa ruina.»

Vauban, educado entre el pueblo, y que hubiera sido grande en administracion no ménos que en la guerra, fijó su atencion en las miserias del país; se informaba continuamente del estado de las provincias, del modo de mejorarlas, de los productos más ventajosos, de los medios de suprimir los gastos odiosos, de enfrenar á los ávidos arrendatarios, y hacer que el erario ganase más con ménos dispendio de los pueblos. Ofendia con esto á los muchos que engordaban con la sangre del pueblo, quienes representaron á Vauban á los ojos del rey como culpado de ofenderlo en las personas de sus ministros, y el crédulo Luis, que se habia valido de él para ceñir laureles execrados, le retiró su gracia y le dejó morir oscuro y envilecido. Si la verdad es injuria, con razon debia tenerse Luis por ofendido de un libro que Vauban publicó, en el cual demuestra, que de la poblacion francesa, una décima parte estaba reducida á mendigar; que de las nueve partes restantes, cinco no querian dar limosnas, tres se hallaban embrolladas en pleitos y deudas, quedando solamente los nobles, guerreros, togados, sacerdotes, empleados, mercaderes al por mayor, que componian cien mil familias en todo, entre las cuales ni veinte mil podian llamarse acomodadas.

No es este el lugar oportuno para examinar los remedios que sugeria Vauban, fundados en la equitativa y universal reparticion de los impuestos, y en una aritmética política admirable para ser de aquellos tiempos, tanto más cuanto que en la edad de los privilegios y del orgullo aristocrático, dirigia todos sus cuidados á aquella plebe, de la cual nadie se cuidaba, y que á sus ojos era el nervio del Estado. Se atrevió á revelar á Luis, acostumbrado tan sólo á recibir inciensos y aplausos por la felicidad que á su pueblo proporcionaba, la gangrena que roía los miembros inferiores, previendo que al fin llegaria al corazon y á la cabeza.

Fenelon, que habia aconsejado que no se siguiese la guerra como injusta, é insinuado á Felipe que renunciase á un trono desastroso, y que despues de haber estallado aquella, salvó de la muerte al ejército abriéndole sus propios graneros, veia como único remedio de tanta

desgracia la convocacion de la asamblea de los notables, y queria que el duque de Chevreuse lo insinuase así al rey. «Nuestro mal (le escribia) proviene de que esta guerra no es negocio más que del rey, arruinado y desacreditado; sería necesario hacerla asunto de toda la nacion; pero demasiado ha llegado á serlo, porque rota la paz, el cuerpo de la nacion se ve en peligro de ser subyugado... El rey ha tenido la desgracia de arrancar el dinero de las manos de las buenas familias del reino y de todo el pueblo, para hacerlo pasar sin medida á las de contratistas y usureros... Mientras el despotismo nada en la abundancia, obra con mayor prontitud y eficacia que cualquier gobierno moderado; pero cuando se halla exhausto y sin crédito, cae de golpe sin ofrecer compensacion. Obraba por pura autoridad; roto este resorte, no puede ménos de dejar perecer de hambre á una plebe medio muerta ya, cuya desesperacion es necesario que tema. Cuando el despotismo se halla exhausto de recursos, ¿cómo quereis que las almas venales que él ha engordado con la sangre del pueblo apronten sus riquezas para sostenerle? El atrevimiento de los enemigos proviene de haberse envilecido el gobierno en Francia.... ¿Me diréis que el rey es incapaz de recurrir á semejantes medios, que nadie se atreveria á sugerírselos; que tampoco querria consultar, preguntar, cuestionar y comparar los diversos pensamientos, ni decidir entre diferentes pareceres? Triste es, que cuando el emético está indicado como el único medio, el enfermo no tenga fuerza para tomarlo ni para resistirlo.... Si el rey no es capaz de adoptar el último medio para sostener la guerra, ¿qué hay que esperar de él? Si la inminente ruina de su corona no le hace abrir los ojos, y tomar pronto resoluciones proporcionadas al peligro, ¿no hay motivo para desesperar de todo? ¿Cómo puede decirse que el rey ve la mano de Dios, si una desmesurada altivez le hace rechazar el único amparo que le queda en el borde del abismo?... Me diréis que Dios sostendrá á la Francia; pero ¿dónde está su promesa? ¿Teneis vos alguna garantía de milagros? Y éstos son necesarios para sostenernos en el aire; y ¿los mereceis vos



»cuando vuestra inminente ruina no os corrige; »cuando sois todavía duro, soberbio, fastuoso, »incomunicable, insensible y dispuesto siempre »á adularos? ¿Se aplacará Dios al veros humi- »llado sin humildad; confundido por vuestras »culpas sin querer confesarlas, y dispuesto á »empezar de nuevo si pudiérais respirar dos »años? ¿Se contentará Dios con una devoción »que consiste en dorar una capilla, rezar un »rosario, oír una misa, escandalizarse con faci- »lidad, y desterrar á algun jansenista? No se »trata únicamente de poner fin á la guerra ex- »terior, sino de devolver el pan á los pueblos »moribundos, fomentar la agricultura y el co- »mercio, reformar el lujo que gangrena las cos- »tumbres de la nación, acordarse de la verda- »dera forma del reino, y templar el despotis- »mo, causa de todos nuestros males. Se aplaude »la devoción del rey, porque no se irrita contra »la providencia que lo humilla; se deja que »crea que no ha cometido ningun grave error, »y que se le mire como á un santo proba- »do por Dios, como á un David, que en su »juventud se dejó extraviar por los sentidos; y »¿no habrá tal vez quien le diga que debe reco- »nocer que, por haber subvertido todo género »de orden, él mismo se ha precipitado en un »abismo, del cual parece que nadie puede »sacarlo?...»

¿Pero lleva consigo el poder absoluto algun medio de enmendarse? ¿Podía esperarse que un déspota semejante se pusiese frente á frente de sus súbditos para discutir sobre cosas, acerca de las cuales nunca había hecho más que resolverse sin apelacion? Sin embargo, no podía haber verdadero despotismo donde todavía subsistían los privilegios del clero, de los nobles, de los municipios y del Parlamento; y si Luis los deslumbró, su oposicion dió origen al desarrollo del espíritu nacional, tanto como su esplendor y el respeto que en todas partes inspiró. Si en España la monarquía pura asesinó á la nación, en Francia se asoció á todos los progresos. Como representante de ésta, Luis amenazó romper el equilibrio político, con mayor motivo cuanto que con la civilizacion francesa simpatizaba la Europa; mas tuvo contra sí al príncipe de Orange, que al parecer repre-

sentaba la independencia; de modo que, obligada toda Europa á elegir entre los dos, llegó á ser una lucha de principios la que parecia serlo sólo de rencores y frívolas rivalidades.

Afortunadamente, la obstinacion de sus enemigos en querérselo quitar todo, les redujo á tener que restituírle lo que había ya perdido, brillando en la paz algunos rayos de su antigua gloria sobre los pálidos dias de Luis. Natural era que Francia continuase aún siendo fuerte, pero ¿era grande el plan de Luis? ¿lo llevó á cabo? Pensaba restablecer á los Estuardos, y los vió sucumbir irreparablemente ante la nueva dinastía que elevaba á Inglaterra á ser árbitra de Europa. Tan debilitado estaba el imperio, tan ocupada su cabeza de todo, ménos de la idea de conservar su dignidad, que no es extraño que Luis consiguiese dilatar por aquel lado sus fronteras; mas los medios fueron execrables, y la debilidad no podia disculparlos. Quería deprimir la casa de Austria hasta por medio de los turcos; pero en vez de conseguirlo, avivó su espíritu militar, y la despertó hasta tal punto, que se puso á cubierto para siempre de las amenazas de aquéllos, y se consolidó en el interior, derrotando á los rebeldes protegidos por Luis. Es verdad que colocó á uno de sus nietos en el trono de España; pero fué debido á los errores de sus adversarios, á la caida de Marlborough, á la muerte de José I, y con tantas restricciones, que aquel país llegó á ser extraño á la Francia, y aún más, casi su enemigo. Quiso oprimir á Holanda, y su fortuna se hundió en los pantanos donde yacia la de Felipe II. Creía abatir á Guillermo de Orange, y le proporcionó ocasion de aparecer grande entre tantos obstáculos, entre las rivalidades de la libertad, y al frente de un enemigo poderoso y absoluto.

Puesto en parangon con su émulo personal y enemigo de su política, Luis se nos presenta cercado de artes y letras y de una multitud de hombres ilustres, mientras que Guillermo está solo con su constancia. Por ambicion destruye Luis la libertad de los pueblos; Guillermo defiende la del suyo, acoge á los perseguidos por la intolerancia religiosa de su enemigo, y hace prosperar las artes y la literatura,



que abandonan la Francia. Luis puede lo que quiere; Guillermo está sujeto por una constitucion recelosa; y aunque trata de alargar aquellas cadenas no quiere romperlas, mereciendo por ello que los ingleses lo llamen para resucitar su libertad de la feroz tiranía de los republicanos y de la degradante de los Estuardos. Luis sella sus primeros años con deslumbrantes triunfos; Guillermo pierde todas las batallas; pero se rehace con su constancia y por fin arranca la victoria; y mientras que Luis termina en la miseria y abatimiento, Guillermo concluye sus dias sobre un trono hermoseado con los privilegios reconocidos del pueblo que lo ha llamado.

Mezclando Luis la violencia con los negocios de la Iglesia y de la fé, amenazó por un lado con un cisma, y excitó por otro á una reaccion, que al poco tiempo debia estallar en una guerra contra el trono y el altar. Richelieu y la regencia habían ya vencido las dificultades que se presentaban para elevar á la Francia al primer puesto entre las naciones; pero él, dando demasiada extension al proyecto de Enrique IV y de su padre, lo imposibilitó, y el odio, la sospecha y la venganza llegaron á ser en Europa los sentimientos predominantes contra Luis, tanto más vivos, cuanto más comprimidos estaban; de manera que aunque tarde, las faltas que cometió dieron su fruto en el momento mismo en que ponía término á sus provocaciones, y cuando sus grandes generales habían formado á los generales enemigos.

Con sus propios méritos y con los personajes de que se hallaba rodeado, con un Parlamento que hacia la voluntad del rey, con un pueblo que consideraba como su propia gloria la gloria del soberano, hubiera podido hacer la felicidad de la nación; pero no pensó más que en enervar todas las fuerzas de la constitucion, atemorizando y deslumbrando; envió á perecer en lejanos países á los veteranos formados en la guerra civil; se hizo árbitro de las promociones militares; fundó sus proyectos, no en la posibilidad del pueblo, sino sobre su paciencia; le aislaba de él un ceremonial tan fastuoso como costoso, y hasta los ministros, imitán-

dolo, se alejaban del pueblo y se convertían en tiranuelos misteriosos, celosos del bien que podia hacerse sin ellos: como si no bastase que el Parlamento fuese esclavo, lo hizo enmudecer, avasalló al clero, y preparó á su sucesor la nulidad nacional.

Si Luis hubiese conocido las necesidades del porvenir, hubiera colocado el trono sobre bases más sólidas que la inviolabilidad del despotismo. La Fronda le había mostrado la fuerza de los ciudadanos, de modo que debiera haber organizado este tercer Estado; y al lado de una cámara de nobles, desviados de las turbulencias, consagrados á aconsejar al Estado, podia haberse atrevido á colocar otra de ciudadanos, que hubiera sido un admirable auxilio para el monarca, mucho más cuando de ello ofrecia ya ejemplo la Inglaterra. De este modo hubiera evitado la revolucion, la cual precipitó oprimiendo á los nobles y excluyendo á los ciudadanos de las distinciones; porque si aquéllos por algun tiempo quedaron debilitados á causa de las innumerables pérdidas que á título de gloria sufrió en el San Gotardo, Candía y Argel; si el pueblo pareció contentarse con la seguridad y proteccion que recibia, este mútuo encadenamiento no podia ser más que temporal, y resolverse en una expectativa ansiosa de momentos oportunos para efectuar por la fuerza lo que por derecho no podia obtenerse. Por su manía de conquistas y á causa de los ineptos ó medianos consejeros de su vejez, fué maldecido de los extranjeros; y tenía que serlo despues por la Francia apenas cesase la ilusion de su gloria.

Y cesó; y al desaparecer los grandes que le rodeaban, se entibió el entusiasmo por el gran rey. No podia recaer el odio sobre sus ministros, pues que él había querido concentrarlo todo en sí, y no dejar este desahogo al despecho del pueblo. Destruídas las libertades, se sabia que todo procedia del rey. Reducido el Estado á un solo hombre, debía correr la suerte de este ente débil; los cortesanos que le veían de cerca hacían mofa de él, y los que todavía respetaban al rey, á pesar de sus errores, eran los que, como Fenelon, ménos lo habían adulado. El pueblo compadecia sus desgracias do-



místicas con dolor noble y desinteresado, como todo lo que viene de él.

Los primeros y últimos años de Luis recuerdan aquellas máscaras antiguas, que presentan por un lado la risa y por el otro el llanto. El fastidio ocupa el vacío que dejan los vastos pensamientos; á los grandes dolores suceden los grandes tedios, más difíciles todavía de soportar.

Las pequeñas persecuciones, las órdenes de prision en la Bastilla por causa de jansenismo, la pequeña oposicion del cardenal de Noailles, entrístecía en el interior un reino humillado en el exterior; para Luis el domar á Quesnel ó las monjas de Port-Royal, era de tanta importancia como rechazar á Eugenio de los confines del reino. Privábase por opiniones de los útiles servicios de hombres disidentes; pero con la conciencia turbada entre el deseo de reprimir la herejía y el temor de maltratar la virtud. Los grandes ingenios, favorecidos en otro tiempo, eran ya tenidos por malos, fuese para dispensarse de ser generoso con ellos, ó bien porque se atrevían á sustituir la verdad á los inciensos perennes.

Se cubria de reliquias como Luis XI, y la devocion de la córte se hacia demasiado general para no ser sospechosa de hipocresía. Diríase que al propio tiempo se pensó en distraer al pueblo de los males públicos, corrompiéndole y fomentando sus pasiones. Aparecian en el teatro composiciones de Darcourt y Legrand, más libertinas que las de Scarron y Montfleury; y la ópera cómica hacia ostentacion de equívocos obscenos. Se conservaba el fausto de costumbres cuando faltaban el placer y la gloria, y cuando más pesado lo hacia el estado precario del Tesoro. Sobreviniendo á todos los hombres que habian formado su aureola, á su hijo y á sus nietos, ve Luis en torno suyo á un pueblo que obedece por costumbre, pero sin el antiguo entusiasmo; y no obra ya más que por consejo de su confesor ó de su mujer. La Maintenon, que participaba de su poder y de su fastidio, se ve obligada á sufrir el tedio de aquella condicion y al suplicio de recrear á un viejo decrepito; mientras que la necesidad de expresarse reservadamente con él la impedía

mostrarse firme en su voluntad, obligándola á recurrir á la intriga.

Los franceses, condescendientes con las galanterías de sus reyes, nunca perdonaron á la Maintenon, á quien Luis no se atrevía á presentar como amante ni como esposa, y en quien el pueblo nada hallaba de tierno ó de jóven que pudiese interesar. Se dejaron deslumbrar por un rey jóven, hasta el punto de no ver sus culpas; y en el viejo no reconocieron las virtudes que en él desarrolló la desgracia. De aquí es que Luis tuvo que probar los excesos de la grandeza y de la depresion, el ruido de las alabanzas y la reaccion del menosprecio, hijos más del despecho que de la verdad; y no obstante, sin perder nada de la íntima confianza en sí mismo, ni de su autoridad sobre el pueblo, ni de su arbitrariedad y altanería, enviaba á su nieto al trono de España con recomendaciones tiránicas, prodigaba el oro para engrandecer á Marly, y en medio de aquella furia fatal por construir monumentos, urdia tramas en Inglaterra y meditaba la reunion de un Concilio nacional para proscribir la mitad del clero. En tantos escritos en donde se muestra solícito de la opinion, jamás se lee una palabra que respire el deseo de ser amado.

Al morir dejaba pobre al público, tesoros infructuosos en piedras preciosas, muebles y palacios, una servidumbre numerosísima á quien recompensar, una viuda sin reconocer, muchos hijos naturales, cuyo porvenir afligia su corazon. A tal servilismo habia reducido el Parlamento, que contra las leyes del país hizo declarar, que en faltando sus hijos legítimos, debían sucederle los naturales legitimados; y la nacion que lo habia aplaudido cuando comparecia ante el ejército entre su mujer y dos mancebos, encontró insultante en el rey devoto la pretension de dar la corona de San Luis á los frutos de un doble adulterio. No obstante, dejó para éstos cuantiosas mandas en su testamento; pero debía haber notado que las facciones de la córte sólo esperaban su muerte para estallar y destruir su obra.

En aquel lance extremo decia á su heredero: «Hijo mio, no olvides tus obligaciones para con Dios; procura estar en paz con los vecinos.



Yo he amado demasiado la guerra; no me imites en esto, como tampoco en los gastos excesivos. En todas las cosas toma consejo, trata de conocer el mejor, y síguelo. Alivia al pueblo cuanto puedas, y haz lo que yo tuve la desgracia de no hacer.» Relámpago instantáneo, pues que por lo demás todos estaban atónitos al ver la tranquilidad de su conciencia, hasta tal punto que los timoratos dudaban de su salvacion; pero era porque habiendo confiado toda su vida en otros sin sospechar que se atreviesen á engañarle, remitía, en aquel momento, el asunto más importante á los directores de su conciencia, diciendo: «si me habeis engañado, habeis hecho muy mal.»

Todavía respiraba cuando le abandonaron los que le habian incensado únicamente por las esperanzas, y que entonces se dirigieron al duque de Orleans, designado como regente. Ma-

dama de Maintenon se refugió en Saint-Cyr, como si la religion le prescribiese otro asilo que el lecho del marido, á quien manos mercenarias prestaron los últimos cuidados.

Siendo Luis niño, habíale dicho su madre: «Procura parecerte á tu abuelo, y no á tu padre; porque á la muerte de Enrique IV se lloró, y á la de Luis XIII se rió.» Pero á su muerte Masillon, en su discurso de recepcion en la Academia, lo colmó de vituperios; en Roma le negaron las exequias reales; en Paris se construyeron tiendas á propósito para beber, cantar y solazarse como en las públicas prosperidades; el vulgo insultaba sus funerales, arrastrando su nombre y el de su mujer, no acordándose más que de diez años de miseria y de hipocresía, prometiéndose de su sucesor gloria y esplendor;—¡constante ilusion de los pueblos infelices!